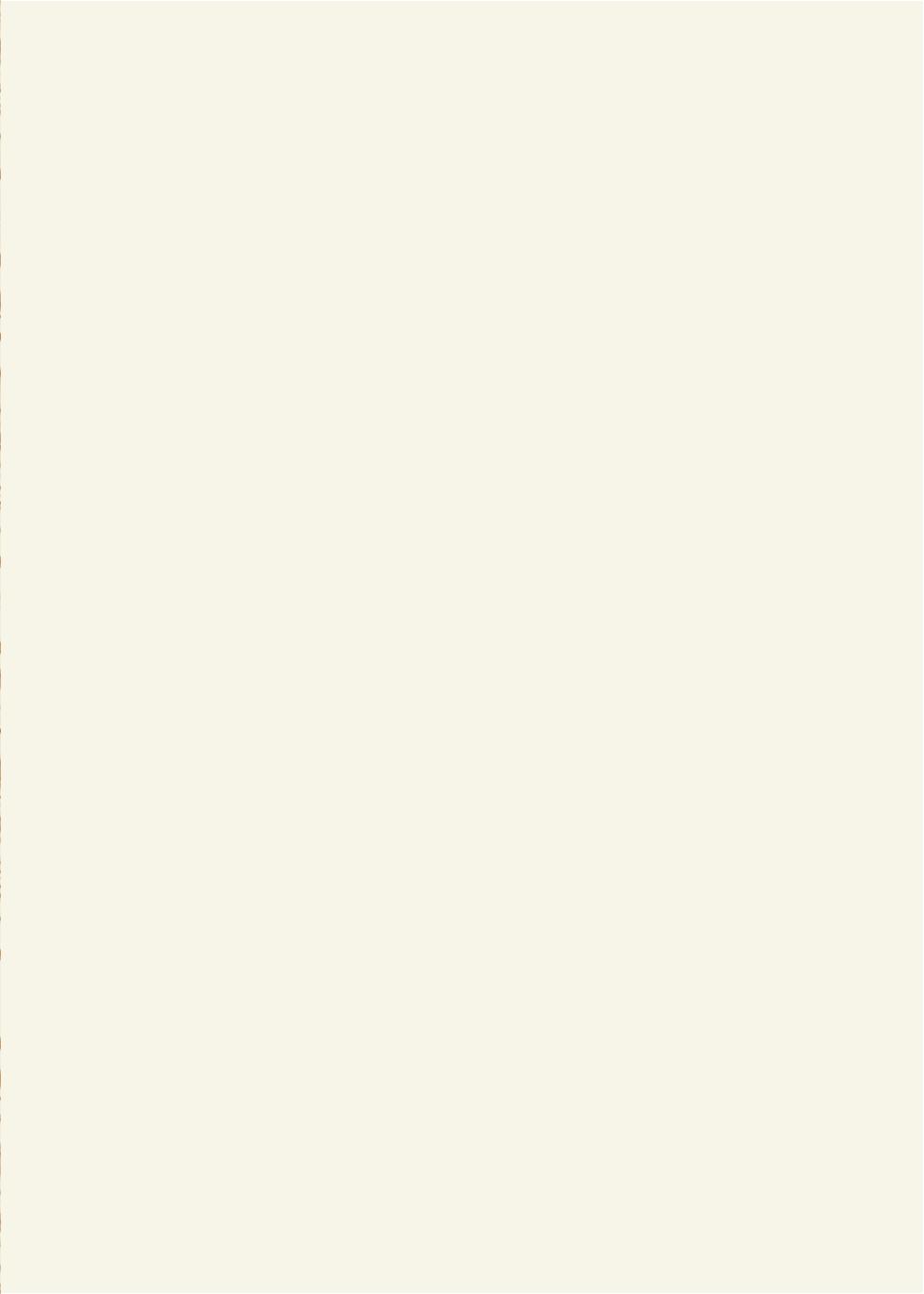


DEJAME QUE TE CUENTE

Nora Larrosa



DEJAME QUE TE CUENTE

Nora Larrosa



Otra tarde en el cuerpo.

No creerlo. No: una vida no se condensa en el intervalo que la pone en suspenso. Por eso, decir de esa vida, otra cosa: sus ojos, su voz, sus dedos tocando el trigo.

Por ejemplo: se podría explicar que ella no quería ir al bar, que una percepción limítrofe, esa tarde, a ella, le sugirió que no fuese al bar y se alejase de Arroyito. Aunque lo cierto es que Nora, esa tarde de diciembre de 1976, estaba en el bar Pigalle, y estaba junto a Raúl, un compañero del SINTER.

Pero hay que resistirse y construir una memoria viva, por lo cual podemos olvidarnos de esa tarde, desplazarla hacia un costado y solo decir que Nora era maestra normal en lenguas vivas, que Nelly la cargaba porque tenía la piel oscura, le decía que tenían un antepasado africano de la época de la colonización inglesa, y que por eso ella podía hablar el inglés tan bien como el castellano. Y que Nora se enojaba más por el sentido de la referencia que por el matiz de la piel.

Se podría decir sencillamente eso, y ya sería suficiente. Aunque pareciera imperioso agregar que, en ciertas cosas, Nora era extremadamente seria, que estudiaba cada situación y se tomaba su tiempo para asumir una posición. Y que después la llevaba hasta el extremo de la realización práctica. Decir que ella era una fe hecha acto, aunque sin tanto espanto.

Entonces solo hay que decir sobre una niña con los ojos como almendras oscuras, grandes y atentos, y sobre la vocación temprana por la enseñanza, el intento inmediato de cambiar a las personas y, con ellas, cambiar el mundo. Y decirlo como un acto de resistencia, una memoria que florece incansable y se vuelve historia.

Esa vez habían salido de lo de Marita y Beatriz tenía los vaqueros con el dobladillo puesto para adentro. Silvia y Marita, en cambio, tenían las botamangas enormes.

50248693431



Nora Elma Larrosa



FECHA NACIMIENTO		
5	9	50



PRIMER DIA DE CLASE
A LOS CINCO AÑOS INICIO
CICLO PRIMARIO

Escuela normal nacional de maestras
en lenguas vivas-nº 1.

—No se usan más así los vaqueros, ponete las botamangas para arriba -le indicaron.

—Es que no me gustan -contestó Beatriz.

—Así es un quemo.

Entonces Beatriz se agachó para dárselos vuelta, pero Nora la detuvo y le dijo:

—Si a vos no te gusta, no te las pongas, ¿quién dice cómo se usa?

Estaban en sexto grado y Nora quería parecerse a una utopía, refinar el sentido de lo justo. En la escuela la habían adelantado un año, y se pasaba el día con la tía que vivía con ella. La habían educado para que no la rozara ni un pétalo de flor. La cuidaban, pero no necesitaban estarle detrás porque ella sola se organizaba, cumplía con sus actividades y procuraba no generarle gastos a la familia.

Años más tarde, cuando empezó psicología, le regalaron los libros de Freud y el resto lo buscó en las bibliotecas. Las compañeras de la Facultad se juntaban a estudiar en la casa y Nora les

explicaba. Nelly le decía que la usaban y que tenía que cobrarles. Y Nora contestaba: «Quedate tranquila, mamá, porque yo, cuando anoto y resumo, estudio. Yo sé».

Era algo que le salía natural, desde chiquita. Y es que la docencia no debía ser un apostolado: Nora era trabajadora de la educación. Por esa razón organizaron el SINTER, una herramienta sindical plegada al conjunto del movimiento nacional. Ella alternaba las clases que dictaba con las que cursaba en la Facultad. Era una premisa teórica que acarrearía una impostergable consecuencia práctica: al saber había que buscarlo en el pueblo y llevarlo a las universidades y sacarlo de las universidades para llevárselo al pueblo, conocer para poder actuar, formarse junto al pueblo porque las utopías debían parecerse a lo que ella hacía.

El Colegio Americano tenía un símbolo con un triángulo de tres palabras: Servir, Amar, Confiar. Nora no terminaba de entender por qué esas tres palabras sobresalían sobre el escudo, pero

intuía que resumían algo de lo que en ella se iba formando silenciosamente como una vocación. Un lema para su vida: ayudar a los chicos en situación de riesgo, enseñar idiomas como una manera cotidiana de la liberación.

En el último año de la primaria le dieron la bandera a la que venía desde el jardín de infantes, y a Nora no le pareció injusto, aunque fuera ella quien la merecía por rendimiento. Se conformó con que la dejaran arriarla todos los días por tener el mejor promedio cada mes. En el segundo año de la secundaria se cambió al Normal 1 para seguir el magisterio. Habría que decir: sus clases. Las clases que daba, y las que recibía -aplicada, estudiosa, metódica-. Su compromiso con la educación: el humanismo de enseñar y aprender. Nora decía que había que construir libertades y hablaba de alfabetización cuando hablaba de la fundación del SINTER. Y mencionaba un libro que había editado la Vigil: *¿Maestro Pueblo o Maestro Gendarme?*, de María Teresa Nidelcoff.

Siempre hablaba de ese libro que tenían en la Vigil. Las clases, la enseñanza, su militancia del aula, el futuro en las palabras de los chicos, eso que ella hacía como amasando un ideal con las manos y era una pasión que provenía de muy hondo más que una inclinación asistencial: un hacer desde las lenguas, el habla liberadora. En la Cultural se estableció que el último examen se debía pagar en libras esterlinas. Nelly fue a pagar la inscripción de Nora. La secretaria que la recibió le dijo:

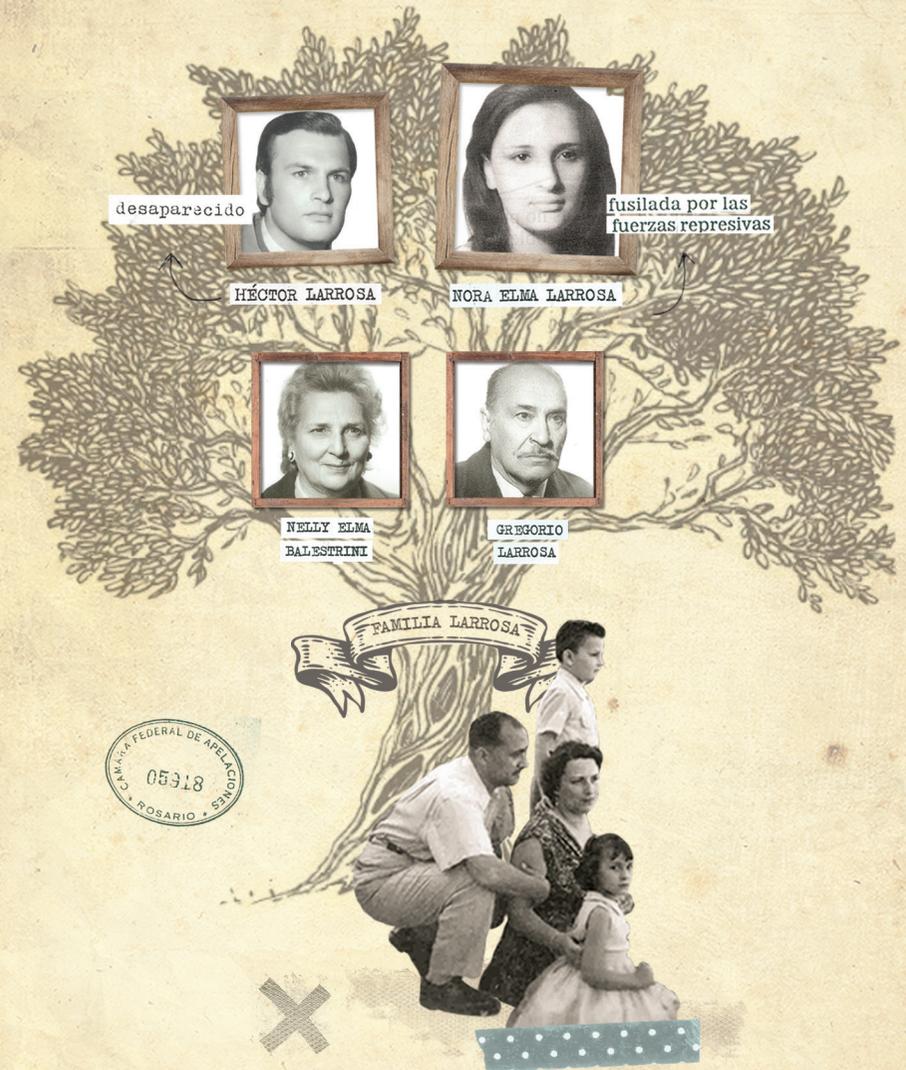
—Pero esta chica tiene dieciséis años, ¿y usted va a pagar?

—¿No hay que pagar para que rinda?

—Sí, pero ¿usted está segura? Mire que es caro, ¿no va malgastar el dinero?

—Escúcheme, hace cinco años que viene acá, fue pasando año por año dentro de este ambiente, ustedes la hacían pasar, no yo. Yo creo que ella quiere hacerlo.

Cuando Nelly se lo contó, Nora le respondió: «hiciste bien».



En el Normal 1 seguía portugués. Después, cuando ya se había recibido, estaba con la señorita Cantor de la Alianza Francesa. Nora daba clases en las Consolatas, donde le asignaron un curso inmanejable: tres maestras habían abdicado previamente. No conseguían quien quisiera ponerse al frente de esos chicos de barrios obreros, politizados, activos, que eran capaces de rebelarse a cualquier orden que se les impusiera.

A Nora, los chicos la acompañaban a tomar el ómnibus y se quedaban esperándolo con ella. Cerca de fin de año, un grupito de alumnas le dijo que querían ser maestras. Y Nora, entre los horarios de la Facultad, organizó unas clases preparatorias para el examen de ingreso. Una de las chicas que aprobó juntó plata y le regaló un perfume.

Nora también rindió su examen, ingresó a la Vigil y estuvo tres años dando clases, hasta que debió abandonar por el asedio militar. Ella provocaba el mismo hechizo de decisión y lucidez al dar las

clases que al intervenir en una asamblea o en una reunión del SINTER. Le gustaba leer y escribir, y buscaba aprender cuando iba a enseñar: dejó pedazos de sí en poemas, cartas y carpetas. Aunque no es lo mismo que su presencia: el cuerpo de Nora sonriente, su contundencia vital.

Por eso no: no creerlo. Y volver a decir de ella lo que no fue dicho.

La mano se alza y la voz se materializa tan dura y criminal como cualquier arma. No es suficiente decir que ella no quería ir al bar, o que los vio entrar y que pudo advertir que algo extraño sucedía. No es posible decir que ella y Raúl pudieron escapar, o que no estaban en la mesa y que él no salió corriendo y que a ella no se la llevaron, porque intervinieron otros clientes para rescatarla, porque esos hombres nunca ingresaron al bar, o porque ella y Raúl se desviaron y se alejaron de Arroyito. ¿Los dueños de esas manos –la mano que ata, la mano que empuja, la mano que dispara, la mano

que oculta, la mano que redacta, la mano que publica-, supieron algo del dolor en el instante preciso en que se fija a los tejidos?

Para ellos, los dueños de las manos y de los titulares de los diarios, lo que Nora hacía era subversivo. La encontraron en la Asistencia Pública como NN, aunque ella tenía en la cartera los documentos, la credencial de la Biblioteca Argentina y la libreta de la Facultad. Porque no era clandestina: ella tenía su corazoncito y actuaba. Y eso hacía más evidente y agresiva la mentira del copamiento.

Hay que resistirse y construir una memoria que diga de Nora que se parecía a un viento festivo y severo. Si nadie es capaz de engendrar por sí mismo otra certeza tan definitiva como el rastro del cuerpo después de que se la llevaron.

Nora le regaló a Nelly una máquina de coser para el Día de la Madre. Después llegaba con las prendas rotas de sus alumnos, la sentaba y la hacía coser puños y dobladillos. Nora cosía rápido en

la máquina antes de ir a la Facultad, y después le decía: «Bueno, mamá, seguí vos».

Eso era lo que Nora les había enseñado: durante su confinamiento en Coronda, Gregorio (Goyo), su padre, repartía el pan y la leche. Había una ventanita por donde los dejaba en cada celda, y al ver los ojos del compañero, lo saludaba, buen día, qué tal, cómo te va, celda por celda. Estaba prohibido hablar, no saludar. Y al principio era como recitar en el desierto. Pero a los pocos días los compañeros se acostumbraron, y entonces le decían ¡hola, viejo!, ¡qué tal, Goyo! Ya era otra cosa.

Goyo y Nelly también conocieron los calabozos. Como si pagaran una sanción por haber engendrado a sus hijos y quisieran mostrarles lo que ellos padecieron y los liberaran para que arrastrasen una maldición. Al salir, se siguieron moviendo como antes: obtuvieron la libertad, pero se quedaron sin parientes, solos. Nelly hablaba siempre de Nora y no de Héctor, su otro hijo desa-

SERVIR

AMAR

CONFIAR

ABANDERADA



USO OFICIAL

parecido. Ella sabía que Nora estaba muerta. Pero el destino de Héctor era una incógnita macabra, aterradora: «si yo me callo, lo protejo», decía ella. De esa forma, Nora, su memoria narrada, era una lengua palpitante que los protegía: a ellos y a Héctor. Igual a cuando les retaceaba información sobre su actividad política para evitar comprometerlos. En la misa secreta que hicieron en su homenaje, el sacerdote le habló a Nelly de la Asunción de María, y la quiso consolar diciéndole que Nora había cumplido su misión en la tierra, y que por eso Dios se la había llevado antes. Y ese consuelo, a Nelly, le sonaba tan ilegal y mentiroso como la versión del copamiento que usaron los militares para encubrir el crimen.

Entonces no decir lo que no fue, pero tampoco darles el gusto: decir de ella su idioma urgente, sus brazos de fe y su esperanza como una vocación sin vueltas. Es que no hay forma de hacer memoria con una mentira.



**Siete muertos en operativos
antisubversivos en esta zona**

**SEDICIOSOS ABATIDOS
FUERON IDENTIFICADOS**



Entonces no: no creerlo. Y decir de Nora su manía constructora, y no la tarde del bar. El tiempo imaginado en sus pupilas, su labio mordido al leer concentrada, su pena incuestionable al observar la injusticia. Sin que sea necesario inventar un rumbo que pudo ser y no fue. Construir esa memoria como ejecutando unos modales de la verdad: que diga de ella sus ojos y haga que subsistan. Y con esos recuerdos defenderse del olvido, para que otro olor irrumpa sobre las manos, las silencie y las deje en un rincón.



Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

Dejame que te cuente es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

Dirección del proyecto

Lucas Almada

Diseño gráfico

Valentina Militello

Redacción

Lucas Paulinovich

Comité Editorial

Daniel Fernández Lamothe

Andrea Ocampo

y Lucas Almada

Coordinación General

Viviana Nardoni

Municipalidad de Rosario

Intendente

Pablo Javkin

Secretario de Cultura y Educación

Dante Taparelli

Subsecretario de Industrias Culturales y Creativas

Federico Valentini

Director del Museo de la Memoria

Lucas Massuco



Municipalidad
de Rosario



